



Un cazador inughuit (grupo inuit) del norte de Groenlandia en trineo de perros sobre el mar helado

F. BAILÓN

EL DESHIELO HUMANO

El autor, que ha convivido en muchas ocasiones con los inuit, relata cómo les está afectando ya el calentamiento global del planeta

Francesc Bailón

Antropólogo especializado en la cultura inuit



«Yo viviré, yo que nací para morir, viviré; hasta que el mundo de los hombres y el de los animales vuelvan a unirse, yo viviré». Estas palabras extraídas de una leyenda inuit bien podrían representar el deseo de un pueblo por salvar nuestro planeta.

El hombre le ha dado la espalda a la naturaleza y ésta se revela contra su principal enemigo. Hemos dejado de ser hijos de la tierra para convertirnos en auténticos jueces de ella. Nuestras acciones están dictando sentencia y el pueblo inuit es el primero en recibir las consecuencias. Su mundo se está deshaciendo a una velocidad vertiginosa, con la misma facilidad con la que algunos todavía hablan del calentamiento global, pensando que se trata de una falacia.

Cuentan algunos inuit que sus chamanes (ecologistas en potencia), que ahora viven en la

clandestinidad, predijeron no hace mucho que se produciría un cambio climático que afectaría a su territorio. De hecho sus antepasados ya sufrieron dos periodos durante los cuales el clima ártico fue más cálido de lo habitual (2500 al 1500 a.C. y 900 al 1100 d.C.). Durante estos dos «óptimos climáticos» aprovecharon para emigrar desde Alaska hasta Groenlandia recorriendo el Ártico canadiense. También en el pasado padecieron la Pequeña Era Glacial (1650-1850 d.C.). Si algo aprendieron los inuit de todas estas bruscas oscilaciones térmicas, es a desarrollar una enorme capacidad de adaptación al medio que les ha llevado a vivir en perfecta simbiosis con la naturaleza. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedió en el pasado, esta vez el Ártico está padeciendo las consecuencias de nuestro maltrato al planeta. En este sentido, los inuit probablemente conseguirán adaptarse de nuevo a una situación de cambio. No así su cultura tradicional, que puede desaparecer engullida por el deshielo.

Más allá de las estadísticas y los datos científicos aportados, el calentamiento global del planeta está interfiriendo en el desarrollo cultural de los inuit.

Conviviendo con este pueblo he podido constatar que sus casas se van derrumbando a consecuencia del derretimiento del permafrost; algunas especies autóctonas como focas, morsas o ballenas, esenciales para su dieta tradicional, están emigrando hacia zonas más frías, motivando que los cazadores inuit tengan que recorrer largas distancias para capturar estos animales; cada vez se hace más peligroso viajar en trineo de perros debido a la inestabilidad de la banquisa; la disminución del período en el que el mar permanece congelado dificulta el acceso a determinados territorios tradicionales de caza; en

«El Ártico está padeciendo las consecuencias de nuestro maltrato al planeta»

«Los inuit conseguirán adaptarse; no así su cultura tradicional, que puede ser engullida por el deshielo»

el norte de Groenlandia, por ejemplo, se están viendo obligados a matar a sus perros más débiles para alimentar a los más fuertes; cazar y pescar en verano entre los hielos de Ilulissat (Groenlandia) se ha convertido en una actividad sumamente peligrosa a causa de los tsunamis provocados por el deshielo brusco de los icebergs; en algunas áreas de Nunavut (Canadá) están abandonando la práctica tradicional de almacenar los alimentos en el subsuelo helado ya que el calor los estropea y atrae a los insectos; los ganaderos inuit del sur de Groenlandia tienen dificultades en la plantación del heno para alimentar a sus ovejas como consecuencia de la escasez de lluvias durante el verano; la disminución de algunas especies como el oso polar, ya en peligro de extinción, está afectando a las condiciones materiales de vida de los nativos. Asimismo, las posibilidades reales de extracción de petróleo en el Ártico condicionarán la economía tradicional de este pueblo cazador y pescador.

Por todo ello, no es extraño que se hayan iniciado programas informativos para enseñar a la población autóctona las ventajas de la agricultura y que, por ejemplo, los niños del colegio de Qassiarsuq (Groenlandia), hayan escogido como trabajo de curso el cambio climático.

La supervivencia de los inuit condiciona también la nuestra. Su legado es una esperanza para el futuro y su sabiduría nuestro mejor presente. Pero ¿hasta cuándo permitiremos que el deshielo silencie la voz de este pueblo?